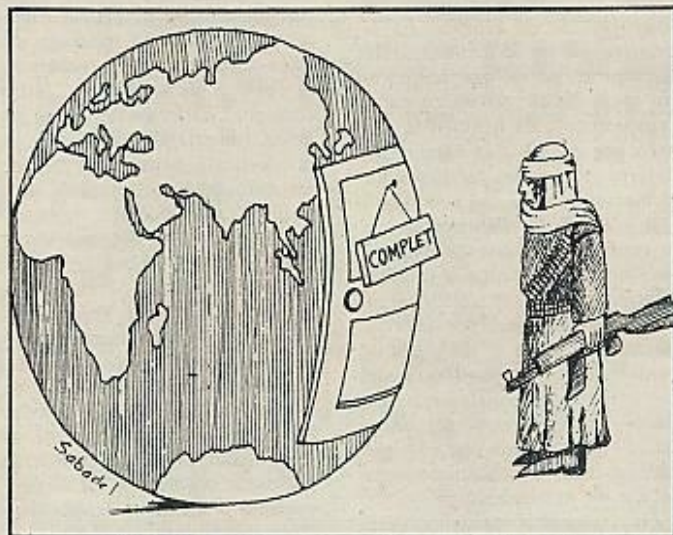


# LAS SERVIDUMBRES DEL TERCER MUNDO

«N» O alineados» es la denominación de los países que antes se llamaron neutralistas, Tercer Mundo o incluso naciones proletarias. Sus jefes de Estado se han reunido ahora en Argel en conferencia, después de unas reuniones preparatorias de sus ministros de Asuntos Exteriores. La unión de estos países, caracterizados por un retraso económico y unas condiciones de vida situadas por debajo de la línea de lo aceptable —por eso se llamaron también subdesarrollados, terminó cambiado luego por el más suave de «en vías de desarrollo», es un impulso que tiene ya casi medio siglo. Hacia los años 1926-27, se reunieron los primeros congresos de naciones que se consideraban víctimas del colonialismo y la explotación. En condiciones, naturalmente, precarias y tuteladas. Pero ya entonces aparecía uno de los grandes luchadores del neutralismo en las décadas siguientes, el Pandit Nehru. Pero hubo que esperar la segunda guerra mundial y la posguerra para que el movimiento tuviese un sentido. Las descolonizaciones se hicieron entonces posibles. Las favorecía Estados Unidos; y las grandes potencias europeas que ejercían el principal papel colonizador no estaban en condiciones de resistir ni de oponerse. El colonialismo directo terminó con un hecho histórico, y no sólo desde un punto de vista material, sino también moral. Lo que hasta entonces se describía como una gloriosa hazaña de expansión de la civilización, de misión humanitaria, comenzó a ser descrito como rapiña, explotación, dominio, brutalidad, racismo.

Pronto el sueño de los subdesarrollados se desvaneció. Sus países no salían fácilmente de la miseria ni podían ejercer una independencia real. Seguían dependiendo de las grandes potencias de una o de otra manera. Los intereses de esas potencias continuaban manejando los hilos de su producción y de su política interior. Los más visibles dirigentes de la independencia —Lumumba— morían asesinados; comenzaban guerras civiles, golpes de Estado. Los sistemas democráticos de participación de todos se hacían imposibles. Aparecían nuevas clases capaces de sustituir en rapiña y voracidad a los colonos extranjeros depuestos. Se



atribuyó esta situación a la «guerra fría», a la lucha entre bloques. Los Estados Unidos, que habían trabajado por la independencia de las naciones afroasiáticas, no habían cedido, en cambio, en su imperialismo invisible —incluso cínicamente visible— sobre las naciones hispanoamericanas, y pretendían implantar el mismo sistema de dependencia en las nuevas naciones descolonizadas. La URSS trataba, a su vez, de ganar posiciones. Se consideraba que el sistema defensivo de los Estados Unidos comprendía el mundo entero. En África, en Asia, el secretario de Estado de los Estados Unidos iniciaba una serie de pactos con el fin de contener al comunismo que muchas veces conducían al establecimiento de dictaduras y de Regímenes no populares. Los Estados Unidos regaban con dólares y con material, preferentemente militar, estas regiones. Pero al mismo tiempo situaban en el poder personajes que absorbían en la corrupción el producto de esa ayuda y utilizaban el material en su propio beneficio; incluso sacaban el dinero al extranjero y lo invertían en Europa, calculando la posibilidad de unas revoluciones o golpes de Estado —que, de hecho, se producían— que les obligasen a escapar del país.

Algunos dirigentes esclarecidos de estos países, y muy principalmente el Pandit Nehru, comenzaron a ver la necesidad de escapar a esta lucha de bloques que estaba destrozando sus posibilidades. El nuevo sueño consistía en dejar que

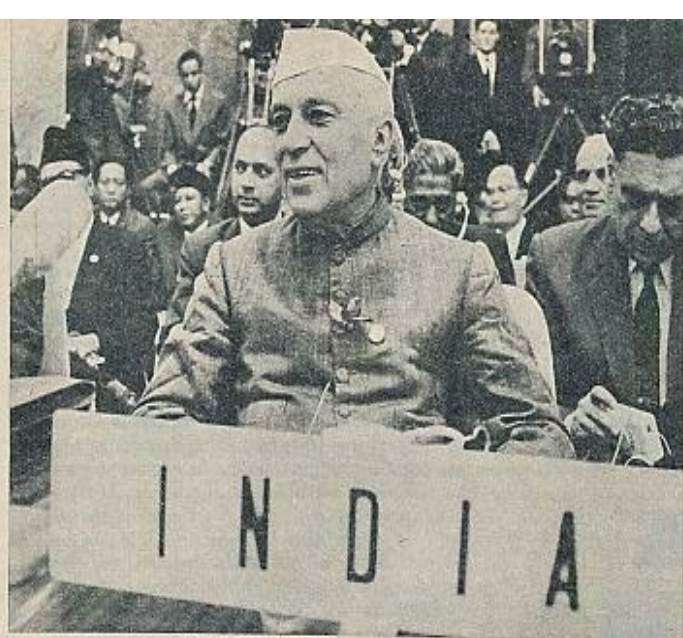
los poderosos se destrozasen entre ellos, en no participar en sus querellas, o, en todo caso, hacerlo como mediadores. Así comenzó a surgir la idea del neutralismo, que habría de tener su centro en la Conferencia de Bandung, preparada por otras reuniones previas —la de Colombo, la de Bogor, la de Nueva Delhi— y celebrada en abril de 1955, con asistencia de 24 países. Terminó con un comunicado que se resumía a sí mismo en diez puntos, los famosos diez puntos de Bandung, que debían ser la Carta del mundo neutralista: 1.º Respeto de los derechos humanos fundamentales. 2.º Respeto a la soberanía y la integridad territorial de todas las naciones. 3.º Reconocimiento de la igualdad de todas las razas y de la igualdad de todas las naciones, pequeñas o grandes. 4.º No intervención ni injerencia en los asuntos de los otros países. 5.º Respeto del derecho de cada nación a defenderse individual y colectivamente, según los principios de las Naciones Unidas. 6.º a) Rechazo de recurrir a los acuerdos de defensa colectiva destinados a servir los intereses de las grandes potencias. Y b) Abstención por cualquier potencia de ejercer una presión sobre otras. 7.º Abstención de actos o de amenazas de agresión o del empleo de la fuerza contra la integridad territorial o la independencia política de un país. 8.º Solución de todos los conflictos internacionales por medios pacíficos: negociación, conciliación, remisión a un Tribunal, etcétera. 9.º Estimulo de intereses mutuos y cooperá-

tivos. 10. Respeto a la justicia y las obligaciones internacionales.

Se sabe lo que ha sido de estos principios. En primer lugar, el neutralismo se hacía imposible por se dentro de cada nación. Estaban demasiado impregnadas de cultura y política occidentales (no sólo por el hecho de la colonización directa, sino porque sus propios dirigentes independentistas habían estudiado en Universidades o escuelas militares de Europa o Estados Unidos) como para conseguir hallar vías propias de gobierno —lo cual, por otra parte, no es tan fácil—, y, por lo tanto, sus enfrentamientos políticos interiores debían hacerse en nombre de clases sociales, en la elección por unos de sistemas capitalistas, por otros, de vías hacia el socialismo comunista, y por los terceros y más frecuentemente vencedores, de dictaduras férreas. En segundo lugar, no podían escapar a las zonas de influencia en que se encontraban o hacia las que se les arrastraba; desde poderosos organismos internacionales visibles, como los Bancos y las grandes empresas, hasta otros invisibles y en la sombra —del tipo de la CIA—, les arrastraban continuamente. Otros dirigentes del Tercer Mundo pensaban en el neutralismo no como una posición moral, sino como un negocio: inclinándose alternativamente hacia una potencia o hacia otra podrían obtener mejores beneficios, a veces para su país, a veces para sí mismos. Y estas aventuras siempre terminan mal.

Por otra parte, los problemas de la colonización y la descolonización se planteaban entre ellos en forma de enfrentamientos nacionalistas. Las potencias habían construido unas veces federaciones, reuniendo, para su convivencia y administración, grupos étnicos distintos, con distintas religiones, idiomas y costumbres, a veces con viejos odios tribales: al desaparecer la potencia dominante, tendían a volver de nuevo a sus unidades, con la consiguiente lucha contra el centralismo. Otras veces, la cuestión era inversa: de un solo país o etnia se habían formado otros pequeños o menores, algunos de sus fragmentos se habían unido a otras unidades y tendían finalmente a reunirse, también con las inevitables luchas. Las fronteras se habían trazado por las conveniencias coloniales, y aparecían problemas fronterizos. Las economías, los





Fue el Pandit Nehru uno de los primeros que vieron la necesidad de escapar a esa lucha de bloques que estaba destruyendo las posibilidades de los países subdesarrollados.

sistemas de transporte, los cultivos, la implantación de pequeñas industrias, las técnicas, se habían hecho en función de los intereses de la Metrópoli. Al mismo tiempo, las masas que habían esperado de la independencia —que a veces les había costado muchos años de luchas durísimas— un renacimiento inmediato, un cambio brusco de nivel de vida, se encontraban en el mejor de los casos con una austeridad necesaria para seguir adelante; en el peor, con un cambio de dueños...

Prácticamente, estas son las circunstancias que prevalecen hoy día. Con respecto a sí mismas, las naciones no alineadas se encuentran divididas y enfrentadas; con respecto al exterior, no han conseguido desprenderse de los lazos de la gran política de potencias. Las ayudas han sido inútiles; la mayor parte de las veces las han devorado la demografía y la corrupción, y la necesidad de comprar armas para defenderse unas de otras, con sus diferencias claramente atizadas por los demás. Siguen suministrando la materia prima al mundo desarrollado, y este mundo fija fácilmente los precios de los mercados. La implantación de industrias multinacionales no sirve sus intereses: utilizan la mano de obra barata, la vida embrionaria de los sindicatos, la ausencia de huelgas, para continuar una explotación humana. Cuando un país se decide a nacionalizar las industrias extranjeras, recibe en el acto amenazas y sanciones económicas. Los centros de decisión, los resortes de la técnica, los poderes financieros, siguen en manos de las grandes potencias.

En último extremo, la nueva coexistencia pacífica y la suma de China al concierto mundial les resulta gravosa. El neutralismo deja

de servir incluso como negocio. Los países comunistas no asisten ya a los movimientos revolucionarios; las castas dirigentes empiezan a no recibir ayuda de los Estados Unidos para contenerlos. El mundo desarrollado se instala en una comodidad creciente, en un consumo que se asemeja al despilfarro, y lo hace a costa de la mano de obra y las materias primas de los no alineados, de una manera consciente. Cuando se habla del «crecimiento cero», esto es, de la limitación del consumo y del desarrollo técnico, los países no alineados entienden que se trata de que todos se estanquen en las condiciones actuales, sin esperanza ya de salir adelante. El consumo de Occidente y el que empieza a brotar en los países comunistas se hacen a su costa; la detención del consumo les dejaría sin clientes y sin mayor desarrollo. Cuando se habla de ciertos dramas naturales que se abaten sobre ellos —la sequía, los terremotos— se regresa a los antiguos términos de la caridad, no a los de la colaboración y la ayuda técnica.

Estos son algunos de los problemas con los que se encuentra en Argel la conferencia de los países no alineados. En los folletos, en las pancartas, en los discursos de bienvenida a los delegados, aparecen una vez más los términos de tipo revolucionario: «¡Abajo el imperialismo, el colonialismo y el neocolonialismo!», «¡Luchemos contra las bases militares extranjeras!», etcétera. Son gritos ya antiguos en el mundo. Las grandes potencias se han acostumbrado a oírlos. Esperemos que el comunicado final de los jefes de Estado ofrezca un interés práctico, una autodefinition de propósitos, unas propuestas concretas. ■ J. A.

## LOS CONTEMPORAÑOS

### MI TURISTA Y YO

Leí que la lotería celebraba un Sorteo del Turista y me apresuré a comprar un billete. Por si me tocaba uno. Luego he visto en un periódico que de todas formas me corresponde un turista: dicen que tenemos un turista "per cápita". Yo quisiera el mío. Prefiero administrármelo por mi mismo y extraerle en casa todas sus divisas. Le sacaría mucho más partido, y me hace mucha falta aumentar mis ingresos en estos momentos; ya habrán ustedes oído hablar de lo que está pasando con los precios.

Pero me temo que dada mi situación poco relevante en el país me dieran uno de los malos. De los de la masa. He pasado por un punto costero de turismo barato y les he visto. Realmente, no valen nada. Así los tratan... Intenté ayudar a uno que sólo hablaba francés y trataba de orientarse en un supermercado, y un grupo de damas me lo prohibieron: "No le hable usted en su idioma. Que se fastidie. Si viene a España, que hable español. ¡Que aprendan ellos!", me decían las gorgonas. "Que se fastidie" y "Que aprendan ellos" son dos gritos de la raza. Más tarde he sabido que esta opinión contra el turismo de masas es algo más que un problema local. La leo en editoriales de periódicos, descrita en su lenguaje característico. Repudiamos el turismo de cantidad, queremos el turismo de calidad. Queremos sólo al turista de los huevos de oro. "Agradeciendo al turismo de masas los servicios prestados, habrá que dirigirse inexorablemente a otro turismo mejor distribuido y más capaz económicamente", dice un periódico populista. Otro, aristocrático, se queja de la desatención "al turismo selectivo en medio de una equivocada captación de la masa".

Por eso estoy seguro de que a mí me tocaría un turista-masa de los que no quiere nadie. Un turista de los que vienen con el dinero justo de la gasolina, la plaza en el camping y la cesta de la compra, para freirse sus cosillas en la sartén sobre el butagás. Un infeliz que habrá

venido a considerar España y que no se la cuenten, a ver de verdad en qué consiste esta cuestión de los toros y del flamenco. Probablemente, un joven; en el peor de los casos un estudiante. Incluso quizá traiga molestos y desagradables libros; tal

vez se quiera llevar alguno. ¿Será posible, me pregunto, que en las estadísticas este funesto personaje cuente lo mismo que un turista rico, que un turista de avión, automóvil de alquiler y suite reservada en un hotel de lujo, que un turista sin libros, pero con botella de champagne? Esta forma contable es sin duda un reflejo de la democracia inorgánica que se inflige a los pueblos de más allá de nuestras fronteras, con la aberrante fórmula de "un hombre, un voto". No se sabe por qué si nosotros no la aceptamos en nuestro sistema, tengamos que aceptarla en nuestras estadísticas, lo cual, sin duda, da una idea falsa del contenido del país. Llevada al campo del turismo lo falsea todo. Es fruto —dice un editorialista— de una "política incoherente sólo atenta a la hinchazón de estadísticas artificiales". Decir que en 1972 vinieron 32,5 millones de turistas, y que se gastaron aquí 2.608 millones de dólares es, ya se ve, no decir nada. No tiene sutileza.

Cuando llegue la hora del reparto, me darán un turista pobre, eso ya lo sé yo. Le podré sacar muy poco, pero algo dará. Quizá, sin embargo, pueda permitirme conocer mejor un ser humano, de los de las otras galaxias; tal vez aprenda algo de él; quizá yo pueda disfrutar un poco contándole algo de lo poco que sé. Es posible que de alguna manera nos vayamos a enriquecer los dos con este contacto mutuo. De una manera puramente antigua, se entiende, esto es, espiritual, si se me permite el uso de esta ruborizante palabra. Mi turista y yo pasaremos unos días juntos. Y como uno es así —por eso no es lo que no es—, terminare proponiéndole que si el año que viene ya no dejan pasar turistas modestos por la frontera, y consigue colarse, yo le alojaré clandestinamente...

POZUELO